

verdadera Roma no ha cambiado de sentimientos, como lo demuestra el hecho de los miles de romanos que cada día acuden al Vaticano para consolar al Santo Pontífice, y repetir ante su augusta presencia las protestas de su amor y de su fidelidad.

Insensiblemente nos hemos apartado de nuestro asunto viniendo á otro del que habrémos de ocuparnos al finalizar la obra; pero la pluma no encuentra palabra que quiera ser la última, cuando fijamos la atencion en lo que hoy llena de amargura á todos los corazones católicos.

Continuemos nuestro relato.

Celebrados los consistorios de que hemos hecho mérito, Pio IX señaló el 8 de junio para la gran ceremonia de la canonizacion de los Mártires del Japon y del beato Miguel de los Santos.

La católica España, esta nacion que tantos santos ha dado al cielo desde el tiempo de las persecuciones, estaba de enhorabuena porque cinco de sus hijos estaban incluidos entre los que iban á recibir el honor de ser inscriptos en el catálogo de los bienaventurados. Eran estos, cuatro de entre los Mártires del Japon, á saber: Pedro Bautista, Martin de la Ascension, Francisco Blanco y Francisco de san Miguel, todos pertenecientes á la Orden seráfica y el ilustre confesor trinitario Miguel de los Santos.

Llegó por fin el deseado día 8 de junio de 1862. Apenas la primera luz del alba empezó á iluminar la obra gigantesca de Miguel Ángel, cuando los cañones del castillo de San Ángel y en seguida todas las campanas de la ciudad despertaron á los naturales y extranjeros anunciándoles la gran ceremonia que debía verificarse en el suntuoso templo del Príncipe de los Apóstoles. Á las primeras horas de la mañana todas las calles que conducen á San Pedro y al magnífico puente de San Ángel estaban cubiertas de la muchedumbre que acudia á buscar puesto para presenciar una fiesta que no es fácil verla repetida en algunos años. No solamente la espaciosa basilica sino aun la plaza donde se eleva el obelisco de Sixto V se hallaban ocupadas por la apiñada muchedumbre que con trabajo podian hacerse paso los carruajes que conducian á los príncipes de la Iglesia, á los embajadores y demás personas de distincion que oficialmente acudian.

El templo se hallaba magníficamente adornado en su exterior con ricas colgaduras, tapices de gran valor y estandartes en cuyo centro se veian pinturas representando los martirios que sufrieron aquellos que iban á ser inscriptos en el catálogo de los santos Mártires. No era menos suntuoso el decorado del interior. Ofrecia una vista admirable y todo revelaba el buen gusto de los romanos que no conocen rivales en la direccion y ornato de las fiestas. Espaciosas tribunas se habian formado en las galerías y eran ocupadas por las corporaciones civiles y políticas y por la nobleza romana. Todo el templo se hallaba cubierto por ricas colgaduras de terciopelo y oro, y sobre ellas se veian cuadros representando los milagros obrados por Dios por intercesion y ministerio de los nuevos santos.

La ceremonia debía empezar muy temprano.

Aun el reloj de San Pedro no habia tocado las siete, cuando empezó á descender por la régia escalera del palacio apostólico la procesion que presidia el Santo Padre.

Hé aquí el orden con que marchaban de dos en dos, con cirios en la mano y recitando el *Ave Maris Stella*.

Abrian la procesion los alumnos del Hospicio apostólico y de la Casa-Pia de huérfanos.

Seguian:

Las insignias de los religiosos de la Orden mendicante y de los Canónigos regulares.

La cruz del clero secular.

Los alumnos del Seminario pontificio romano.

El colegio ó cabildo de párrocos.

Los canónigos y el clero de la iglesia colegial.

El vicegerente del tribunal de la Vicaría con los miembros del mismo tribunal, precedidos de los maceros de la basilica Patriarcal.

Los individuos de la Curia.

Los de la Congregacion de sagrados Ritos, y los que en ella eran consultores, precediendo el estandarte con la efigie del beato Miguel de los Santos, al que acompañaban los frailes de la santísima Trinidad para la redencion de los cautivos, los cuales llevaban los cordones del estandarte.

Los Hermanos del Oratorio de Santa María de la Piedad y de San Francisco Javier conducian el segundo estandarte que representaba al beato Pablo Michi, y sus dos compañeros Juan de Goto y Diego Quita. Cuatro Padres de la Compañía de Jesús, á la que aquellos pertenecian, llevaban los cordones de este segundo estandarte, y otros les precedian con cirios.

El tercer estandarte, que representaba los veinte y tres mártires de la Orden de san Francisco de Asís, llevado por la cofradía de la Sagrada Stigmata, sosteniendo uno de los cordones Rosalío Muzquiz, descendiente de uno de aquellos bienaventurados, y acompañándolo con un cirio otro descendiente del mismo y los Padres de los Observantes menores.

La capilla pontificia.

Los procuradores del colegio.

El predicador apostólico.

Los capellanes que llevaban la tiara y la mitra preciosas del Sumo Pontífice.

Los capellanes de honor y secretos.

El procurador general del fisco.

El comisario de la Cámara apostólica.

Los abogados del sacro Consistorio.

Los camareros de honor y secretos eclesiásticos.

Los comisarios secretos participantes.

Los capellanes cantores pontificios.

Los refrendarios de la firma y el sacerdote asistente.

El diácono y el subdiácono de la capilla pontificia.

Los abreviadores del Parco mayor.

Los votantes de la firma de justicia.

Los clérigos de la Cámara apostólica.

Los auditores de la Rota.

Los miembros del sacro Palacio apostólico

El clero de la corte pontificia.

Los capellanes secretos con la tiara y mitra ordinarias del Papa.

Despues iba la cruz papal lanceada y el prelado decano de la firma, agitando el incensario.

El último auditor de la Rota, rodeado de los votantes de la firma que hacían el oficio de acólitos llevando ciriales con velas encendidas. Cerraban este grupo dos maestros ostiarios que custodiaban la cruz.

Aquí empezaba el segundo grupo, el clero con las vestiduras de color morado :

Los protonotarios apostólicos.

Los generales de todas las Órdenes religiosas.

El subdiácono apostólico acompañado del diácono y subdiácono del rito griego.

Los penitenciarios precedidos de dos acólitos.

Los abades mitrados con el archimandrita de Messina y el comendador del Espíritu Santo.

Los obispos.

Los arzobispos.

Los patriarcas.

Los cardenales de la santa romana Iglesia, del orden de diáconos, del de sacerdotes y del de obispos.

Los conservadores de Roma.

El vicecamarlengo, el gobernador de la ciudad, dos auditores de la Rota llevando la silla de mano, los cardenales diáconos asistentes y en medio el cardenal diácono de la misa y dos maestros de ceremonias.

Aquí terminaba el clero y seguían formando un ancho círculo los guardias del Sumo Pontífice, los oficiales mayores y los exentos de la Guardia Palatina.

En el centro de este círculo, rodeado de los camareros de capa y espada, grandes oficiales y caballero mayor iba el venerable pontífice

#### PIO IX

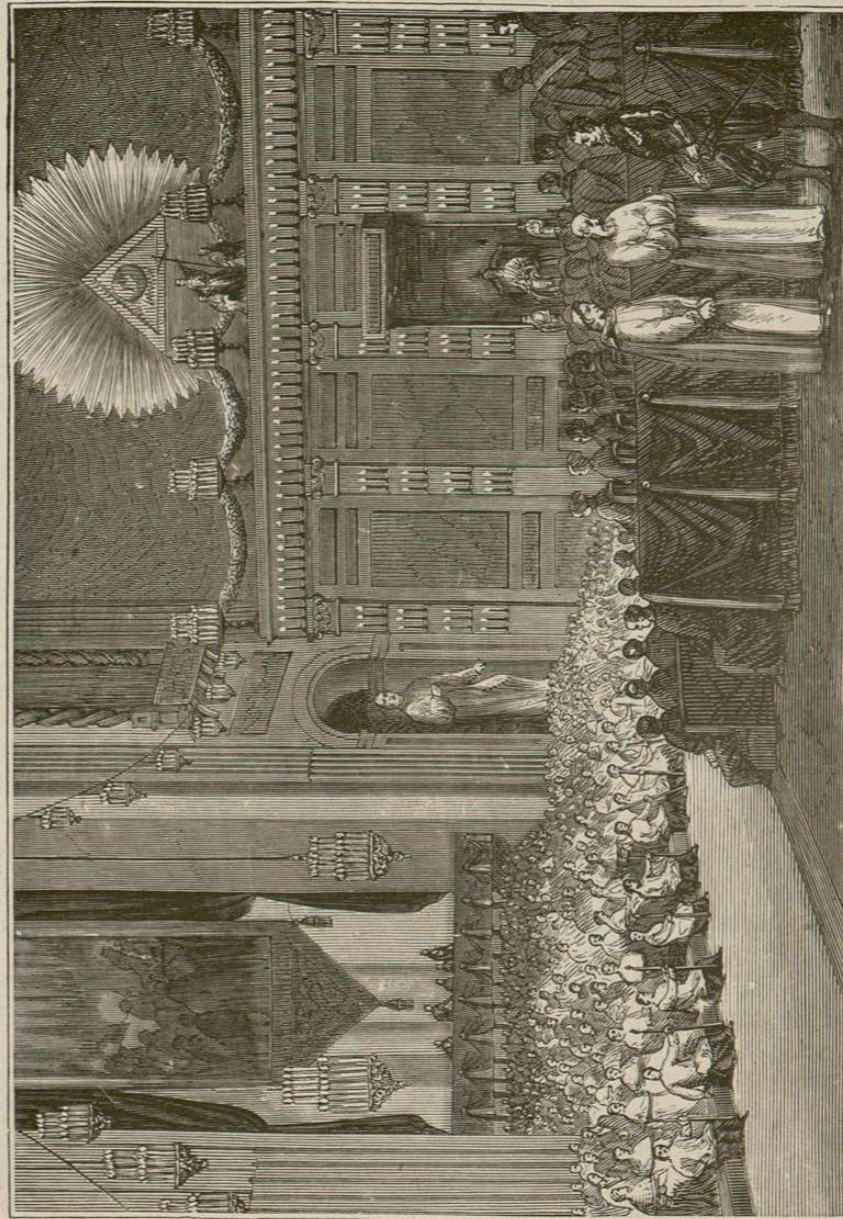
conducido en hombros por los *sedieri* que sostenían la *Sedia Gestatoria*.

Al presentarse la augusta figura del representante de Dios sobre la tierra aquella inmensidad de espectadores cayó de rodillas saludando al Papa con los pañuelos y con voces de cristiano entusiasmo. Su Santidad llevaba un cirio pequeño en la mano izquierda, mientras que con la derecha bendecía al pueblo.

Detrás del Santo Padre, dignidades eclesiásticas llevaban el pábulo; los camareros secretos las *fiavelas* ó abanicos de hermosas plumas, cerrando tan inmensa procesion los capellanes cantores, auditores de la Cámara, mayordomos y acompañamiento.

La ceremonia dió principio colocándose el Papa en el trono, al que se fueron acercando los eminentísimos cardenales para rendirle homenaje besándole la mano; lo mismo hicieron los patriarcas y primados. Los arzobispos y obispos besaron la cruz de la estola puesta sobre la rodilla, y los demás el pié.

Colocados los asistentes en los sitios que les estaban señalados en el presbiterio y al rededor del trono los que habían de asistir al Papa en la ceremonia, entre los que se hallaban dos prelados españoles, los Excmos Sres. D. José Domingo Costa y Borrás, arzobispo de Tarragona, y D. Tomás Iglesias y Barcones, Patriarca de las Indias occidentales, el cardenal procurador de la Canonización y un abogado consistorial se acercaron al trono, y el último de ellos dirigió á Su Santidad la súplica para que se dignase hacer la declaración de la santidad de los Mártires del Japon, y del beato Miguel de los Santos.



ACTO DE LA CANONIZACION DE LOS MÁRTIRES DEL JAPON.

El cardenal secretario contestó en latin, en nombre de Su Santidad, diciendo que á pesar de estar convencido de las virtudes de aquellos Beatos, y de sus milagros, queria no obstante implorar el auxilio divino para decidir en un asunto de tanta importancia.

Inmediatamente retiráronse los peticionarios y los capellanes cantores entonaron la Letanía de los Santos, que era repetida por la inmensa multitud que llenaba los ámbitos del templo.

Terminada la Letanía se repitió la peticion y el abogado recibió la contestacion de que aun Su Santidad queria invocar el auxilio del Espíritu Santo.

El Papa bajó del trono al taburete donde hizo oracion como igualmente todos los asistentes. Despues se levantó, y con voz clara y majestuosa entonó el *Veni Creator* volviendo luego á ocupar el trono.

Hecha por tercera vez la peticion, el cardenal secretario contestó que convencido Su Santidad de que era cosa grata á Dios la canonizacion que se pedia, estaba dispuesto á darla pronunciando la sentencia definitiva.

Inmediatamente se pusieron de pié todos los concurrentes, y el Sumo Pontífice, teniendo puesta la mitra y sentado en la Cátedra como Doctor y Cabeza de la Iglesia universal, pronunció la deseada sentencia.

Luego que los postulantes hubieron dado gracias al Santo Padre, este se quitó la mitra, se levantó y entonó el *Te Deum* que fue cantado, alternando con las músicas, por mas de cuarenta mil voces, cuyos ecos se confundian con los repetidos disparos de la artillería del castillo de San Angelo.

Terminado el *Te Deum*, entonó Su Santidad la oracion de los nuevos santos, que es la siguiente: *Domine Jesu Christe, qui ad tui imitationem per Crucis supplicium primicias Fidei apud Japonica gentes in Sanctorum Martyrum PETRI BAPTISTAE, PAULI ET SOCIORUM sanguine dedicasti; quique in corde SANCTE MICHAELIS Confessoris tui charitatis ignem exardescere fecisti: concede, quæsumus, ut quorum hodie solemnia colimus, eorum excitemur exemplis. Qui vivis et regnas in secula seculorum.*

El inmenso pueblo que escuchó con el mayor respeto la oracion, contestó entusiasmado *Amen*, retratándose el mas puro gozo en todos los semblantes.

En seguida Su Santidad dijo la misa. Entre los prelados designados como asistentes al sólio pontificio lo fue como cardenal obispo el eminentísimo Mattei, como diácono ministrante el cardenal Antonelli y Mons. Nardi, auditor de la Rota, como subdiácono apostólico. Á la oracion del dia se añadió la de los nuevos Santos bajo la misma fórmula final, y despues del canto del Evangelio en griego y en latin, Su Santidad pronunció una tierna homilia en honor de los veinte y siete confesores de la fe. En seguida el cardenal diácono ministrante recitó el *Confiteor*, añadiendo á las palabras *Petro et Paulo* estas otras: *Petro Baptista, Paulo, eorum sociis, et Michaeli*. En seguida el subdiácono apostólico pronunció la indulgencia plenaria á favor de todos los fieles presentes á la ceremonia, y para todos aquellos fieles que visiten el sepulcro de los Santos el dia dedicado á su fiesta. En suma, al dar la bendicion el Santo Padre incluyó en la fórmula los nombres de los dichos santos.

Por último, el Sumo Pontífice recibió las oblaciones preparadas en dos mesas que consistian en cinco cirios, dos panes, el vino, el agua, dos palomas, dos tórtolas y los pajarillos que los cardenales de la congregacion de Ritos tienen derecho de presentar al Papa.

Concluida la misa Su Santidad fue llevado en la *sedia gestatoria* á la capi-

lla de la Piedad, donde se despojó de los ornamentos pontificios, retirándose despues á sus habitaciones.

Era la una de la tarde cuando se dió por terminada la funcion.

Al dia siguiente, Pro IX, en el gran Consistorio semipúblico habido en el Vaticano, pronunció en presencia de los eminentísimos cardenales y del Episcopado la siguiente importantísima

*Alocucion.*

«Venerables hermanos.— En gran manera nos hemos alegrado, venerables hermanos, habiendo podido ayer, con la ayuda de Dios, decretar los honores y el culto de los Santos á veinte y siete invictos héroes de nuestra divina Religion, teniéndoos á nuestro lado á vosotros que, dotados de tan esclarecida virtud y piedad, y llamados á participar de nuestra solicitud en tiempos tan azarosos, peleando denodadamente por la casa de Israel, sois para Nos un grandísimo consuelo y alivio. Pero ¡ojalá que mientras en esta alegría rebozamos, ningun motivo de llanto y de tristeza nos contristara por otra parte! En efecto, no podemos menos de condolernos y angustiarnos profundamente, al ver los tristísimos y nunca bastantemente deplorables males que, con grandísimo daño de las almas, oprimen y destrozan miserablemente la Iglesia católica y la sociedad civil. Sabeis muy bien, venerables hermanos, la encarnizada guerra que se ha levantado contra el Catolicismo entero, por esos hombres que, siendo enemigos de la Cruz de Cristo, no sufren la sana doctrina, y unidos entre sí con vergonzosa alianza lo ignoran todo, blasfeman de todo, y con todo género de malas artes tratan de echar por tierra los fundamentos de nuestra santísima Religion y de la sociedad humana; y si posible fuera, extinguirlas completamente, imbuir y corromper los entendimientos y los corazones de todos, con todo género de perniciosos errores y arrancarles de la Religion católica. Estos astutísimos artífices de fraudes, y fabricantes de mentiras, no cesan de sacar de las tinieblas todo linaje de monstruosos errores antiguos, refutados y pulverizados ya tantas veces con sapientísimos escritos, y condenados por el severo fallo de la Iglesia; exajerarlos con nuevas, variadas y muy engañosas formas y palabras, y diseminarlos por doquiera de todas maneras. Con este funestísimo y diabólico artificio, manchan y pervierten toda ciencia; derraman un veneno pernicioso para perdicion de las almas; fomentan la licencia desenfrenada en el vivir y todo género de malas pasiones; trastornan el orden religioso y social, y se esfuerzan en extinguir toda idea de justicia, de verdad, de derecho, de honestidad y Religion. Horrorízase, rehuye y espántase el alma al tocar, siquiera sea levemente, tan solo los principales de estos pestilentes errores, con que los hombres de estos desgraciados tiempos perturban todas las cosas divinas y humanas.

«Ninguno de vosotros ignora, venerables hermanos, que por esta raza de hombres es destruida enteramente aquella necesaria cohesion que, por la voluntad de Dios, existe entre uno y otro orden natural y sobrenatural, y que por los mismos es mudada de todo punto, trastornada y destruida la índole genuina de la divina revelacion, la autoridad, constitucion y potestad de la Iglesia. Y avanza en la temeridad de sus opiniones, hasta el extremo de no temer en negar osadamente, que toda verdad, toda ley, potestad y derecho son de origen divino. No se avergüenza en asegurar, que la ciencia de la filosofia y de la moral, así como las leyes civiles, pueden y deben apartarse de

la divina revelacion y de la autoridad de la Iglesia; que la Iglesia no es una sociedad verdadera perfecta y completamente libre, ni goza de sus derechos propios y permanentes, concedidos por su divino Fundador, sino que pertenece á la potestad civil definir cuáles son los derechos de la Iglesia y los límites dentro de los cuales puede hacer uso de ellos. De aquí es que perversamente establecen, que la potestad civil puede mezclarse en las cosas concernientes á la Religion, á las costumbres, al régimen espiritual; é impedir tambien que los prelados y los pueblos fieles comuniquen mútua y libremente con el romano Pontífice, divinamente constituido, Pastor supremo de toda la Iglesia, á fin de disolver aquella estrechísima y necesaria union, que por institucion divina del mismo CRISTO Señor nuestro, debe haber entre los miembros del cuerpo místico de CRISTO y su venerable Cabeza. No temen tampoco proclamar con toda falacia y engaño, que los ministros sagrados y el romano Pontífice deben ser excluidos enteramente de todos los derechos y de todo dominio de las cosas temporales.

«No vacilan, además, en afirmar, que la revelacion divina no solamente de nada aprovecha, pero tambien daña á la perfeccion del hombre; que dicha revelacion divina es imperfecta, y que está sujeta por lo tanto á un progreso continuo é indefinido correspondiente al progreso de la razon humana. Atrévase tambien á proclamar, que las profecias y los milagros expuestos y narrados en las sagradas Letras, son invenciones de los poetas; que los sacrosantos misterios de nuestra fe divina son el resultado de las investigaciones filosóficas; que los libros del Antiguo y Nuevo Testamento contienen mitos, y que hasta Nuestro Señor JESUCRISTO, ¡horrible es decirlo! es tambien un mito. Por lo tanto, estos turbulentos adoradores de dogmas perversos sostienen, que las leyes morales no necesitan de sancion divina; y que en ninguna manera es necesario que las leyes humanas se conformen con el derecho natural ó reciban de Dios la fuerza obligatoria; y afirman, por consiguiente, que no existe ninguna ley divina. Además, se atreven á negar á Dios toda accion en los hombres y en el mundo; temerariamente afirman, que la razon humana, prescindiendo enteramente de Dios, es el árbitro único de lo verdadero y de lo falso, de lo bueno y de lo malo; que esta razon humana es la ley de sí misma, y que es suficiente para procurar con sus fuerzas naturales el bien de los hombres y de los pueblos. Y al paso que perversamente hacen derivar todas las verdades religiosas de la fuerza nativa de la razon humana, conceden á cada hombre una especie de derecho primario, en virtud del cual libremente puede pensar y hablar en materia de Religion, y tributar á Dios el honor y culto que segun su capricho juzgue mejor.

«Pero llegan á tal extremo de impiedad y de impudencia, que atacan al cielo y se esfuerzan en eliminar al mismo Dios; pues con insigne maldad é igual estupidez aseguran, que no existe ningun ser divino, supremo, sapientísimo, providentísimo, distinto de este universo; que Dios no es mas que la naturaleza misma de las cosas, sujeto por lo tanto á mudanzas, y que Dios realmente se hace en el hombre y en el mundo; y que todas las cosas son Dios, y tienen la misma idéntica sustancia que Dios; que Dios es una sola y misma cosa con el mundo; y de aquí, que sea tambien una sola y misma cosa el espíritu y la materia, la necesidad y la libertad, lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto. Ciertamente nada mas insensato, nada mas impío, nada mas repugnante á la razon que esto podria jamás inventarse